

EL PAPEL DE LAS EMOCIONES EN LA PRODUCCIÓN DE CONOCIMIENTO

Ana Rosa Pérez Ransanz

Universidad Nacional Autónoma de México¹

Resumen: Se analiza el papel que desempeñan las emociones en los procesos cognitivos con el objetivo de sustentar que éstas cumplen funciones propiamente epistémicas, indispensables no sólo en la actividad de construcción del conocimiento sino también en la actividad de evaluación. Esto permitiría mostrar, por un lado, que las emociones (y otros estados afectivos) constituyen un objeto de estudio relevante para la epistemología, y por otro, que la racionalidad –incluida la racionalidad científica– incorpora de manera constitutiva una dimensión afectiva. Con este propósito, primero se hace un breve recuento de algunos aportes que desde la filosofía de la ciencia abrieron el camino para reivindicar el papel de las emociones en el desarrollo del conocimiento; y a continuación se exploran las propuestas recientes de algunos epistemólogos cognitivistas sobre la injerencia y las funciones epistémicas de las emociones, con miras a defender su efectiva contribución en los procesos de producción de conocimiento.

1. INTRODUCCIÓN

A partir de la década de 1980, se ha venido desarrollando una epistemología de corte cognitivista encaminada a investigar de manera sistemática el papel que cumplen las emociones en el proceso de conocer. Bajo esta aproximación, sus principales impulsores –como Amélie Rorty y Ronald de Sousa, seguidos por autores como Catherine Elgin, Christopher Hookway, Peter Goldie y Paul Thagard, entre otros– han intentado defender la relevancia

¹ Este trabajo ha sido elaborado en el marco del Proyecto PAPIIT IN402609 “Sujetos, emociones y nuevas formas de conocimiento”, con apoyo de la Dirección General de Asuntos del Personal Académico de la UNAM.

epistemológica de las emociones y otros estados afectivos por la vía de mostrar que éstos cumplen funciones propiamente epistémicas y, en consecuencia, son elementos constitutivos de nuestros procesos cognitivos. También cabe decir que, en su mayoría, los epistemólogos de la corriente cognitivista trabajan bajo la convicción de que no podemos comprender adecuadamente los procesos de construcción y evaluación del conocimiento si dejamos de lado el análisis de las emociones.

Como señalan Georg Brun y Dominique Kuenzle, dos de los tres editores del volumen *Epistemology and Emotions* (publicado en 2008)², esta corriente epistemológica surge en franca oposición a la epistemología analítica contemporánea, cuyo problema central sigue siendo el de la justificación del conocimiento proposicional, donde la justificación permanece limitada a las relaciones inferenciales entre creencias. Por otra parte, esta nueva familia de propuestas, a las que podríamos denominar “epistemologías de la afectividad”, se han desarrollado en el terreno cultivado por otros enfoques epistemológicos relativamente recientes. En primer lugar, figura el movimiento de naturalización de la epistemología impulsado por W.V. Quine³, el cual posibilitó el desarrollo de las epistemologías centradas en *el sujeto*, incluida la epistemología social que extiende el análisis a los procesos cognitivos en las comunidades epistémicas, así como la epistemología feminista que examina la manera en que el género de los agentes, y en particular su involucración emocional en la investigación, pueden resultar epistemológicamente significativos. Es claro que todas estas propuestas se caracterizan por otorgar primacía al análisis de las actividades cognitivas de los agentes frente al análisis de los resultados lingüísticamente formulables.

Desde otro ángulo, también han contribuido las epistemologías que reformulan el problema de la justificación en términos de la fiabilidad de los procedimientos o de los mecanismos involucrados en la obtención de creencias, así como las epistemologías que adoptan la noción de virtud moral para analizar las virtudes intelectuales o epistémicas. Y desde luego cabe destacar el apoyo que la epistemología de la afectividad ha encontrado en la evidencia empírica proveniente del desarrollo de las ciencias cognitivas, especialmente del campo de la neurociencia cognitiva –en el que cabe mencionar, a modo de ejemplo, el impacto que han tenido los trabajos de neurocientíficos como Antonio Damasio⁴ o Michael Gazzaniga⁵–.

² Georg BRUN, Ulvi DOGUOGLU y Dominique KUENZLE (eds.), *Epistemology and Emotions*, Farnham, Ashgate, 2008.

³ Willard V. QUINE, “Epistemology Naturalized”, en *Ontological Relativity and Other Essays*, Nueva York, Columbia University Press, 1969, pp. 69-90.

⁴ Antonio DAMASIO, *Descartes’s Error: Emotion, Reason and the Human Brain*, Nueva York, Harper Collins, 1994.

⁵ Michael GAZZANIGA, *The Mind’s Past*, Berkeley, University of California Press, 1998; *The Ethical Brain*, Nueva York, The Dana Press, 2005.

Finalmente, Brun y Kuenzle también mencionan la influencia que tuvieron los filósofos de la ciencia, en particular T. S. Kuhn y P. K. Feyerabend, quienes sostienen que la ciencia entendida como actividad generadora de conocimiento es mucho más básica que la ciencia entendida como cuerpo de contenidos, lo cual permitió formular una noción de racionalidad más acorde con la praxis científica, centrada en la deliberación y el juicio prudencial de los agentes que toman las decisiones –noción que terminó por desplazar el ideal de racionalidad algorítmica hasta entonces predominante–. Sin embargo, a nuestro juicio, estos autores no le dan el debido crédito a los aportes que desde la filosofía de la ciencia pavimentaron el camino hacia una nueva forma de analizar el conocimiento, en particular a las tesis que permitieron reivindicar el papel de las emociones en el avance de la ciencia. (Lo cual, dicho sea de paso, pone de relieve la escasa interacción que hubo entre los epistemólogos y los filósofos de la ciencia durante la segunda mitad del siglo XX). De aquí que antes de examinar los aportes recientes de los epistemólogos cognitivistas para una mejor comprensión de las emociones, nos ocupemos de destacar algunas de las ideas avanzadas desde el campo del análisis filosófico de la ciencia.

2. LA REIVINDICACIÓN DE LAS EMOCIONES EN LA FILOSOFÍA DE LA CIENCIA

A nuestro modo de ver, la reivindicación de las emociones comienza con el giro naturalista que adopta la filosofía de la ciencia hacia fines de la década de 1950, cuando se focaliza la atención en el análisis de la actividad de los sujetos –tanto individuales como colectivos– que *hacen* la ciencia, la cual se concibe como un proceso dinámico atravesado por diversas dimensiones. Entre otras cosas, este movimiento condujo, por un lado, a disolver la rancia dicotomía entre el contexto de descubrimiento y el contexto de justificación (que pasó a considerarse como una distinción meramente analítica) y, por otro, permitió recuperar una noción de *experiencia* mucho más cercana a la elaborada por los pragmatistas clásicos, anclada en la acción, que le devuelve a la experiencia su carácter activo en la investigación y abre el espacio para reincorporar la experiencia emocional en el análisis del conocimiento⁶.

Feyerabend, por ejemplo, entiende la experiencia en el sentido de *expertise*, esto es, como la habilidad para tratar con el entorno, la cual se adquiere a través de un proceso creativo y auto-correctivo, en el que las *actitudes* de apertura, curiosidad, crítica, autocrítica, tenacidad y tolerancia, cumplen un papel central. Así, por esta vía, Feyerabend destaca el sustrato afectivo del proceso de conocer, puesto que las emociones están en la base de nuestras diversas actitudes y motivaciones. Si bien este autor no emprendió un estu-

⁶ Un examen detallado de la teoría de John Dewey sobre la experiencia, y en particular de la experiencia emocional, se encuentra en Cristina DI GREGORI y Ana Rosa PÉREZ RANSANZ, “Las emociones en la ciencia y en el arte”, en Sixto CASTRO y Alfredo MARCOS (eds.), *Arte y Ciencia: mundos convergentes*, Madrid/México, Plaza y Valdés Editores, 2010, pp. 273-307.

dio detallado de las emociones, en su texto “Let’s make more movies” (de 1975) señala las serias limitaciones de los análisis puramente conceptuales que asumen como su único objetivo el “elucidar” la ciencia, sin pretender cambiarla; y lamenta que la filosofía no se haya percatado de que ella misma puede contribuir a mejorar nuestro conocimiento, si toma en cuenta el complejo de condiciones (físicas, psicológicas, sociales) en que la ciencia está inmersa⁷. De aquí que, en clara sintonía con los pragmatistas clásicos, Feysabend afirma que “lo que se necesita es una filosofía que no se limite a comentar [la ciencia] desde fuera, sino que participe en el proceso mismo [de investigación]. Tampoco nos debemos contentar con un incremento en la eficiencia, en el contenido de verdad, en el contenido empírico, o en lo que ustedes gusten. Todas estas cosas cuentan poco cuando se comparan con una vida plenamente realizada y feliz”⁸.

Por su parte Kuhn, claramente influido por Michael Polanyi, abre el espacio para incluir elementos de tipo afectivo en el desarrollo del conocimiento cuando, al analizar la naturaleza del cambio conceptual que tiene lugar con el cambio de paradigmas, describe este cambio como una “experiencia de conversión” –granjeándose la etiqueta de irracionalista–. Y si bien en *La estructura* (1962) Kuhn intenta explicar el sentido de esta provocadora formulación⁹, lo cierto es que Polanyi, en su libro *Personal Knowledge* (1958), había elaborado un lúcido análisis del papel epistémico de “las pasiones intelectuales”, el cual permite dar cuenta del cambio de esquemas conceptuales de una manera mucho más clara, anticipando incluso concepciones como la que ha desarrollado R. de Sousa (1987). Polanyi señala que una de las funciones básicas que cumplen las pasiones intelectuales es la *función selectiva*, esto es, nos indican aquello que tiene interés o relevancia para la ciencia: “la función que atribuyo a la pasión científica es la de distinguir entre los hechos que tienen interés y aquellos que no lo tienen. Sólo una pequeña fracción de todos los hechos cognoscibles tiene interés para los científicos, y la pasión selectiva sirve [...] como una guía para *evaluar lo que tiene mayor o menor relevancia*”¹⁰.

Pero Polanyi atribuye a las pasiones intelectuales otra función central, la *función heurística*, la cual está en la base de todo proceso de creación, descubrimiento o innovación. Al referirse a esta pasión que alienta, mantiene y guía la búsqueda de soluciones en el ámbito de la ciencia, Polanyi atribuye a las emociones el mismo papel que, como veremos enseguida, les otorga Bas van Fraassen en los procesos de conversión conceptual. Dice Polanyi: “después de haber hecho un descubrimiento, nunca volveré a ver el mundo como

⁷ Paul K. FEYERABEND, “Let’s make more movies”, en *Knowledge, Science and Relativism*, Philosophical Papers Vol. 3, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, p. 197.

⁸ *Ibid.*, p. 198.

⁹ Thomas S. KUHN, *La estructura de las revoluciones científicas*, México, Fondo de Cultura Económica, 2002, 2ª ed., p. 204.

¹⁰ Michael POLANYI, *Personal Knowledge. Towards a Post-Critical Philosophy*, Chicago, The University of Chicago Press, 1958, p. 135 (énfasis añadido).

antes. [...] He cruzado un vacío [gap], el vacío heurístico que media entre el problema y el descubrimiento”¹¹; lo cual muestra que “los grandes descubrimientos cambian nuestro marco interpretativo. Y por tanto, es *lógicamente imposible* lograr este cambio mediante una aplicación reiterada de nuestro marco interpretativo previo. Así, una vez más, constatamos que el descubrimiento es creativo, en el sentido de que no podría haberse logrado mediante una diligente aplicación de ningún procedimiento previamente conocido”¹². Con lo cual, Polanyi también está apuntando a los límites de la razón inferencial, que R. de Sousa ha analizado detalladamente.

Ahora bien, cuarenta años después de publicada *La estructura*, Bas van Fraassen intenta rehabilitar el papel de las emociones retomando, en sentido literal, la controvertida formulación kuhniana del cambio conceptual revolucionario como una experiencia de conversión. E incluso afirma que una epistemología viable –del corte que sea– debe poder dar cuenta de la experiencia de conversión como una respuesta *racional* a las situaciones de crisis¹³. Un cambio revolucionario en el conocimiento se caracteriza, según este autor, por involucrar una situación de *asimetría* entre puntos de vista históricamente sucesivos pero entre los cuales media un vacío (*gap*) lógico o conceptual, por lo cual difieren en el conjunto de ideas que resultan inteligibles y justificables para los sujetos que viven la transición. Esto es, puntos de vista inconmensurables. De aquí que el punto de vista anterior a la revolución resulte perfectamente comprensible desde el punto de vista posterior, y la transición se pueda justificar sin mayor problema. Sin embargo, desde la perspectiva anterior, la nueva concepción resulta difícil de comprender y la transición parece imposible de justificar. Por tanto, se plantea el problema de explicar cómo es posible que ocurra una transformación cognitiva de tal naturaleza; esto es, cómo dar cuenta del fenómeno de conversión conceptual¹⁴.

Frente a este reto filosófico, van Fraassen incorpora en su respuesta factores completamente ajenos a la epistemología analítica tradicional, como los deseos y los intereses, pero sobre todo las emociones, reconociendo su deuda con John Dewey, para quien las emociones son un elemento siempre presente en todo proceso de conocimiento, ya que constituyen el soporte de la actividad de resolución de problemas. Sin embargo, en lugar de apoyarse en una teoría como la de Dewey sobre la experiencia emocional, tan acorde con su epistemología empirista, van Fraassen se apoya en el análisis que

¹¹ Ibid., p. 143 (énfasis añadido).

¹² Ibid. (énfasis añadido).

¹³ Un análisis más detallado de la propuesta de Bas van Fraassen se encuentra en Ana Rosa PÉREZ RANSANZ, “Las emociones como un ingrediente básico de nuestras representaciones”, en *Representaciones. Revista de Estudios sobre Representaciones en Arte, Ciencia y Filosofía*, 1 (2005) 121-134.

¹⁴ Véase Bas C. VAN FRAASSEN, *The Empirical Stance*, New Haven and London, Yale University Press, 2002, p. 64.

hiciera J. P. Sartre en la década de 1940, el cual, a nuestro juicio, bloquea de entrada cualquier intento por restaurar la racionalidad de las emociones.

Para Sartre, el rasgo central de la emoción es el de alterar nuestra experiencia del entorno, transformando nuestra forma de ver el mundo y de estar en él. Con lo cual, la emoción permitiría satisfacer nuestro primigenio deseo de vivir en un mundo más tolerable, cuando de hecho nada en él ha cambiado. De aquí que Sartre asemeje la transformación que realiza la emoción con la forma en que opera la magia, y de aquí que lo que él llama “comportamiento emotivo” no se encuentre en el mismo plano que las demás acciones, ya que éste no busca actuar sobre el objeto o situación como tal, sino tan sólo conferirle una cualidad distinta¹⁵. Pero si la función de las emociones se limitara a alterar la percepción subjetiva de la realidad y no la realidad misma, tal parece que la “cognición afectiva” difícilmente podría distinguirse de las estrategias de autoengaño.

Sin embargo, cabe reconocer que la teoría sartreana encierra un núcleo de verdad. Como han mostrado los psicólogos cognitivistas, las emociones pueden tener, en efecto, la función que Sartre les atribuye: transformar los parámetros de la situación en que el sujeto tiene que tomar una decisión. Cuando se modifica la manera de percibir un objeto, o los juicios de valor que hacemos sobre distintos cursos de acción, o la probabilidad subjetiva que otorgamos a la ocurrencia de ciertos eventos, se modifica sustancialmente la situación en que el sujeto debe tomar una decisión. Y este es un cambio que ciertamente se puede lograr a través de la emoción. Por otro lado, el punto de partida de la teoría sartreana coincide con la idea que tiene Dewey sobre la condición humana: el hombre es una criatura que se siente insegura en el mundo y busca, mediante las formas más diversas, algo permanente y estable; formas que pueden ir desde los ritos mágicos hasta la búsqueda sistemática de conocimiento.

Así, con base en la teoría sartreana, van Fraassen propone la hipótesis de que la conversión conceptual se puede lograr a través de un elemento que funcione como la emoción. Sólo algo semejante –piensa este autor– permitiría dar cuenta de la transformación de lo incomprensible en algo pleno de sentido, en un contexto en el que nada ha cambiado y la situación objetiva sigue siendo la misma. Pero entonces se plantea la pregunta sobre si el “pensamiento emocional” que surge como resultado de un mero cambio de actitud, y no de algún cambio en la evidencia disponible, podría calificar como *racional*.

Este problema podría desglosarse en dos dificultades más concretas que encuentro en la propuesta de van Fraassen. En primer lugar, si las emociones son una pieza clave de un proceso como el de conversión conceptual, una teoría adecuada de las emociones –y de su papel en el desarrollo del conoci-

¹⁵ Véase J. P. SARTRE, *The Emotions. Outline of a Theory*, New York, Philosophical Library Publishers, 1948, pp. 58-59.

miento— también tendría que dar cuenta de su función en nuestros procesos cognitivos más cotidianos. Esto es, cabría defender un principio de *simetría explicativa*: si las emociones permiten dar cuenta de situaciones anómalas o extraordinarias, cabría esperar que también tuvieran un papel en el resto de nuestros procesos cognitivos. La intuición que subyace a esta propuesta es que las emociones no son algo ajeno a la obtención de conocimiento, que irrumpen de tanto en tanto, cuando los recursos epistémicos disponibles resultan insuficientes para zanjar una situación problemática. Si así fuera, las emociones no podrían tener ninguna función propiamente cognitiva.

En segundo lugar, la función que tendrían que cumplir las emociones en procesos como el de conversión conceptual no se puede reducir a la transformación de los parámetros meramente subjetivos (como implica la teoría de Sartre). Para dar cuenta del carácter *racional* del cambio conceptual que tiene lugar frente a una concepción del mundo que de entrada nos parece absurda, las emociones tendrían que aportar, ellas mismas, algún contenido cognitivo o informativo que incidiera en el proceso de transición. De lo contrario, nos quedaríamos irremediabilmente en el nivel de las transformaciones propias del pensamiento mágico.

3. LA INJERENCIA DE LAS EMOCIONES EN LOS PROCESOS DE CONOCIMIENTO

Con estos dos requisitos en mente, el de simetría explicativa y el de las emociones como portadoras de contenido cognitivo, encontramos en la epistemología que desarrolla Ronald de Sousa una propuesta que, además de cumplir con estos requisitos, intenta vincular razón y emoción enfocándose no sólo en *la dimensión racional de la emoción*, sino también en *la dimensión afectiva de la racionalidad del proceso de conocer*—que es el vínculo que aquí nos interesa elucidar—. En esta línea, R. de Sousa desafía la tradición descalificadora de las emociones intentando mostrar que las emociones, por regla general, afectan al razonamiento para bien, argumentado que éstas le prestan una ayuda indispensable. Y como apunta Dylan Evans, algunos defensores de la concepción “positiva” de las emociones incluso llegan a sostener que “permaneciendo todo lo demás igual, los seres humanos serían *menos* racionales en la medida en que carecieran de emoción”¹⁶.

Para sustentar la tesis de que las emociones cumplen un papel crucial en los procesos de *deliberación racional*, R. de Sousa parte de una hipótesis que constituye el núcleo de su teoría: las emociones aportan patrones de prominencia (*salience*), los cuales condicionan lo que cuenta como objeto de atención, como línea de búsqueda y como estrategia de inferencia¹⁷. Hipótesis

¹⁶ Dylan EVANS, “The Search Hypothesis of Emotion”, en Dylan EVANS y Pierre CRUSE (eds.), *Emotion, Evolution, and Rationality*, Oxford, Oxford University Press, 2004, p. 179.

¹⁷ Cf. Ronald DE SOUSA, *The Rationality of Emotion*, Cambridge, Mass., The MIT Press, 1987, p. 196.

que, a su juicio, permite dar cuenta de las diversas formas en que las emociones posibilitan nuestro razonamiento acerca de qué creer y qué hacer¹⁸.

Este autor comienza por analizar el alcance de nuestra razón inferencial, a la que denomina “razón pura”, con miras a mostrar que ésta es incapaz, por sí sola, de determinar qué creencias aceptar y qué cursos de acción seguir; lo cual nos permite suponer que las emociones, como señalara Polanyi, vendrían a “llenar los huecos” que deja la razón inferencial. De Sousa argumenta que cualquier situación de decisión encara, en principio, un conjunto virtualmente infinito de consecuencias plausibles, así como un número ilimitado de medios y estrategias posibles. Pero entonces, si esto así, ¿cómo es que un agente puede abarcar este espacio abierto de posibilidades y elegir entre los innumerables medios y fines? En la versión filosófica de este problema, señala R. de Sousa, un sujeto *puramente racional* tendría que deliberar sobre cuándo detener la deliberación y decidir qué cosas ignorar en el proceso de tomar una decisión. Lo cual claramente amenazaría con un regreso imparable de deliberación en cada paso del proceso. Sin embargo, el hecho es que normalmente no gastamos tiempo en este tipo de decisiones de segundo orden, en particular, al decidir el rango de posibles consecuencias a considerar. Lo cual encuentra una explicación en la tesis de que las emociones, al restringir el foco de atención, reducen drásticamente el espacio de búsqueda en la resolución de cualquier problema¹⁹. En suma: “las emociones delimitan el rango de información que el organismo tomará en consideración, las inferencias que de hecho realizará de entre un infinito potencial, así como el conjunto de opciones vivas de entre las cuales elegirá”²⁰.

Aquí cabe señalar que estas funciones que R. de Sousa atribuye a las emociones permiten reforzar con nuevos argumentos la crítica kuhniana al ideal de una racionalidad algorítmica, esto es, de una racionalidad puramente inferencial que por sí sola pudiera determinar, a la luz de la evidencia disponible, la elección entre teorías o cursos de acción. Sin embargo, el alcance de dichas funciones rebasan los objetivos kuhnianos. De Sousa intenta mostrar las limitaciones de una racionalidad algorítmica incluso en el ámbito mismo de la lógica: “de esta manera, incluso en el nivel más básico requerimos de ‘políticas que parezcan razonables’ para complementar la lógica dura”²¹. Por tanto, a diferencia de Kuhn, de Sousa postula directamente a las emociones como el elemento faltante para entender a cabalidad cualquier proceso de inferencia y elección racional, se trate de creencias (teorías) o de cursos de acción (estrategias de investigación).

¹⁸ Cf. Ronald DE SOUSA, “Epistemic Feelings”, en Georg BRUN, Ulvi DOGUOGLU y Dominique KUENZLE (eds.), o.c., p. 185.

¹⁹ Cf. *Ibid.*, p. 186.

²⁰ Ronald DE SOUSA, *The Rationality of Emotion*, p. 195.

²¹ Ronald DE SOUSA, “The Rationality of Emotions”, en Amélie RORTY (ed.), *Explaining Emotions*, Berkeley and Los Angeles, University of California Press, 1980, p. 136.

Ahora bien, el aporte cognitivo de las emociones –que a partir del trabajo de R. de Sousa ha sido ampliamente reconocido– permite entender el que algunos autores las asimilen a los juicios o creencias, en particular a juicios de valor, como hace Martha Nussbaum²². Sin embargo, a diferencia de las creencias, las emociones –como los paradigmas kuhnianos– conllevan un contenido que, si bien condiciona la *Gestalt* bajo la cual percibimos los fenómenos del entorno, no siempre se puede articular en proposiciones (articulación que es propia del contenido de los juicios). Una posible explicación de esta característica radicaría en la tesis de que las emociones, al igual que las percepciones sensoriales, constituyen una fuente *no inferencial* del razonamiento, por lo cual no siempre podemos formular las razones o motivos que las suscitan o que nos conducen a transferir la atención focal de un fenómeno a otro. Esta tesis sobre la naturaleza no inferencial de las emociones ha sido defendida por Sabine Döring²³.

Sin embargo, a pesar de esta dificultad, tanto los argumentos filosóficos como la evidencia que proviene de las ciencias cognitivas convergen en la tesis de que las emociones son portadoras de un contenido informativo muy básico, que en ciertas situaciones puede resultar vital. Además, este aporte cognitivo permitiría entender el papel que cumplen las emociones en procesos tan complejos como el de conversión conceptual, ya que al aportar un nuevo patrón relevancia en torno al cual se reestructura el campo de la percepción, y por ende la construcción de representaciones, hacen posible la comprensión de una concepción alternativa del mundo, inconmensurable con la hasta entonces vigente.

Por otra parte, el reconocimiento de que las emociones tienen el poder de controlar la atención, la relevancia de la información y las estrategias de búsqueda, explicaría el que tradicionalmente se las haya considerado como manipuladoras en un sentido negativo, esto es, como distorsionadoras de los procesos de conocimiento. Actualmente, bajo la perspectiva evolucionista, si bien se reconoce que las emociones han resultado ventajosas en la habilidad de un organismo para arreglárselas con su entorno, sin embargo también se argumenta que, como cualquier otro producto de la selección natural, las emociones no constituyen un mecanismo infalible. La idea que actualmente predomina entre los psicólogos evolucionistas es que las emociones, consideradas como adaptaciones mentales, simplemente han sido “lo suficientemente buenas” como para permitir que aquellos de nuestros ancestros que poseían esta capacidad adaptativa superaran en la competencia a aquéllos que carecían de ella. Por tanto, dado que las emociones también pueden dificultar el pensamiento racional, el problema reside en expli-

²² Martha NUSSBAUM, *Upheavals of Thought. The Intelligence of Emotions*, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.

²³ Sabine DÖRING, “Conflict without Contradiction”, en Georg BRUN, Ulvi DOGUOGLU y Domini-que KUENZLE (eds.), o.c., pp. 84-85.

car cuándo las emociones ayudan a la deliberación racional y cuándo la entorpecen²⁴.

En esta misma línea, Peter Goldie también se ha propuesto atemperar la reciente tendencia optimista a resaltar las bondades epistémicas de las emociones. Este autor no niega que, en general, nuestras disposiciones y capacidades emocionales nos permiten detectar aspectos importantes del entorno y responder en formas que nos resultan ventajosas, ya que posibilitan la acción rápida y efectiva que se realiza con una mínima o nula deliberación consciente. Esto es, Goldie acepta que “las emociones y el pensamiento intuitivo [...] cumplen el papel de ayudarnos a lidiar con el mundo, bajo restricciones de tiempo y energía finitos”²⁵. Pero sostiene que, no obstante, las emociones también pueden desorientar y socavar la razón de manera sistemática, en formas que nuestro “pensamiento deliberativo” difícilmente puede detectar y corregir. Su argumento central se basa en el análisis de cierto tipo de disposiciones emocionales, como la agresión y los celos masculinos o el miedo y la desconfianza hacia los extraños, que evolucionaron en ambientes que difieren sustancialmente del ambiente en el que ahora vivimos. En consecuencia, este tipo de emociones resultan *desajustadas* a nuestro entorno actual, por lo cual conducen sistemáticamente a pensamientos y acciones incorrectos²⁶.

Ciertamente, es un hecho que las emociones no siempre operan en favor de la racionalidad, sin embargo, lo que queda claro –tanto en los enfoques positivos como negativos– es la ineludible injerencia de las emociones en nuestra forma de conocer el mundo y actuar en él. En consecuencia, la racionalidad –entendida como el ejercicio de nuestra capacidad de razón– supone una dimensión afectiva que le es constitutiva. Y si esto es así, podemos afirmar que, en efecto, prevalece un *principio de simetría* en la injerencia de las emociones en los procesos de conocimiento. Esto es, tanto en los procesos que producen buenos rendimientos como en aquellos que arrojan resultados negativos; y asimismo, tanto en nuestros procesos cognitivos más cotidianos como en los procesos extraordinarios, como el de conversión conceptual.

4. LA IMPORTANCIA EPISTEMOLÓGICA DE LAS EMOCIONES

Hasta aquí, básicamente nos hemos enfocado en el papel de las emociones –y en general de los elementos de la esfera afectiva– en tanto condición de posibilidad de que operen nuestros mecanismos cognitivos de representación e inferencia. Por tanto, un crítico todavía podría replicar que, no por ello, las emociones intervienen en los procesos de evaluación de lo que cuenta como

²⁴ Cf. Dylan EVANS y Pierre CRUSE (eds.), *Emotion, Evolution, and Rationality*, Oxford, Oxford University Press, 2004, pp. xvii-xviii.

²⁵ Peter GOLDIE, “Misleading Emotions”, en G. BRUN, U. DOGUOGLU y D. KUENZLE (eds.), o.c., p. 150.

²⁶ Cf. Id. pp. 154-155.

conocimiento, y en consecuencia seguirían siendo epistemológicamente irrelevantes.

Ya el mismo Descartes reconocía que, por ejemplo, una emoción como el asombro o la perplejidad puede motivar nuestra búsqueda de nuevas creencias, pero dicha emoción nada tiene que ver con la evaluación de las mismas. En otras palabras, como muchos epistemólogos y filósofos de la ciencia siguen sosteniendo hoy en día, una cosa es el contexto de descubrimiento y otra el contexto de justificación. De aquí que el renovado interés en mostrar la importancia epistemológica de las emociones haya llevado a buena parte de los epistemólogos cognitivistas a otorgar prioridad al análisis de las prácticas de los agentes epistémicos frente al análisis de las creencias que califican como conocimiento. Y bajo esta orientación, uno de sus objetivos centrales ha sido mostrar que las emociones, al incorporar un contenido informativo sobre el entorno –aun cuando este contenido sea no proposicional–, pueden ser evaluadas en términos de su adecuación y ser calificadas como apropiadas o inapropiadas, racionales o irracionales; pero si esto es así, exigen un análisis epistemológico que bien puede conducir a su revaloración como elementos constitutivos del proceso de conocer.

En este sentido, los intentos por mostrar que las emociones cumplen funciones propiamente epistémicas destacan en primer lugar su *fuerza motivacional*, la cual difícilmente podría ser puesta en duda. Estos intentos se concentran en el análisis de emociones como la sorpresa, el interés, la curiosidad, la duda o la perplejidad, que ponen en marcha la actividad de búsqueda y resolución de problemas. Pero también analizan emociones como la frustración o la decepción que provoca la obtención de resultados experimentales negativos, las cuales pueden motivar diversos cursos de acción: desde la perseverancia en repetir o rediseñar los experimentos, pasando por poner en cuestión la confiabilidad de los instrumentos y/o de los protocolos de procedimiento, hasta la reflexión crítica sobre el propio marco teórico y los estándares de evaluación vigentes.

Sin embargo, como esto no basta para sustentar que las emociones que impulsan y orientan la investigación tienen relevancia epistemológica, autores como Christopher Hookway y Catherine Elgin han seguido la estrategia de mostrar que la *justificación* de los sistemas de creencias (incluidas las teorías científicas) depende de la historia o proceso de su adquisición, por lo cual la justificación no se puede reducir a las relaciones inferenciales entre enunciados. Para ello, parten de la idea de que la *evaluación* es, ante todo, una actividad anclada en las acciones de los agentes epistémicos, por lo cual la evaluación también puede depender de las motivaciones, objetivos, mecanismos y virtudes involucrados en dichas acciones. Y dado que las emociones que tienen fuerza motivacional pueden ser, ellas mismas, epistémicamente evaluadas en virtud de su adecuación a la situación, tenemos que las emociones que resultan *apropiadas* bien pueden formar parte de la justificación de las creencias adquiridas en el proceso de investigación.

En cuanto a la *función selectiva* de las emociones señalada por Polanyi, que de Sousa enfatiza al sostener que éstas nos indican lo que cuenta como información relevante y como estrategia de búsqueda, Catherine Elgin refuerza la argumentación por la vía de mostrar que se trata de una función compleja, que no se limita a poner en primer plano ciertos aspectos de una situación o ciertas líneas de acción. Según esta autora: “una emoción es un patrón de atención que sincroniza sentimientos, actitudes, acciones y circunstancias”²⁷, tesis que sustenta trazando las semejanzas y diferencias que guardan las emociones tanto con las creencias como con las percepciones, lo cual le permite concluir que las emociones son, ellas mismas, formas de evaluación, y por tanto cumplen un papel epistémico indispensable.

En su análisis de la complejidad de esta función, Elgin sostiene que las emociones, como las creencias, involucran expectativas, estados de alerta perceptual, patrones de prominencia, así como disposiciones a investigar cuestiones que de otra manera no estaríamos inclinados a considerar. Por tanto, las emociones enriquecen nuestras capacidades cognitivas al sensibilizarnos a semejanzas y diferencias entre objetos o situaciones que, de otra manera, nos pasarían inadvertidas. Y esto es así al margen de que una emoción esté o no bien fundada; pero cuando lo está, afirma Elgin, “nos sintoniza apropiadamente con la situación en que nos encontramos”²⁸.

En una línea paralela de argumentación, y adoptando explícitamente el enfoque de los pragmatistas clásicos, Hookway defiende las siguientes tesis: (a) que los estados afectivos (sentimientos y respuestas emocionales) tienen un papel esencial en nuestra práctica de evaluación epistémica; (b) que la racionalidad de nuestras creencias depende de la racionalidad de (algunas de) nuestras respuestas afectivas; y (c) que la regulación de nuestras respuestas afectivas forma una parte importante de la regulación de nuestras creencias y acciones de investigación²⁹. Este autor parte del hecho de que con frecuencia no podemos explicar –y menos aún justificar– por qué consideramos algo como digno de atención. Frente a lo cual afirma que esto se debe a que la evaluación de prominencia y/o relevancia no siempre está gobernada por estándares o reglas explícitamente articulables, sino por las emociones. De aquí que los estados afectivos tengan un papel central en la adquisición de creencias “epistémicamente inmediatas”, esto es, de creencias cuya justificación no se sustenta en razones accesibles a la reflexión consciente. Lo cual, entre otras cosas, permitiría explicar el hecho de que los límites de nuestra razón inferencial no representen un límite para la racionalidad.

²⁷ Catherine ELGIN, *Considered Judgment*, Princeton, Princeton University Press, 1996, p. 148 (énfasis añadido).

²⁸ Catherine ELGIN, “Emotion and Understanding”, en G. BRUN, U. DOGUOGLU y D. KUENZLE (eds.), o.c., p. 45.

²⁹ Christopher HOOKWAY, “Epistemic Immediacy, Doubt and Anxiety: On a Role for Affective States in Epistemic Evaluation”, en G. BRUN, U. DOGUOGLU y D. KUENZLE (eds.), o.c., p. 51.

Por otro lado, si bien Hookway reconoce que es muy fácil encontrar casos en los que nuestras respuestas emocionales funcionan como obstáculos a nuestro éxito cognitivo, no obstante sostiene que es posible mostrar que en muchas circunstancias estas respuestas hacen una contribución positiva y que, las más de las veces, es racional confiar en nuestras respuestas afectivas como una guía en cuestiones epistémicas, ya que con frecuencia ésta es la única manera de evitar la carga de una reflexión excesiva que paralizaría el avance de la investigación³⁰.

Una vía más controvertida para reivindicar la importancia epistemológica de las emociones ha sido la de atribuirles la función de permitirnos el *acceso epistémico* a hechos o propiedades que de otra manera serían inaccesibles al conocimiento. Si bien esto es poco discutible en el caso de propiedades como ser divertido, deprimente o desagradable –esto es, propiedades que claramente dependen de nuestra respuesta emocional– sin embargo, resulta difícil de sostener en el caso de propiedades que se consideran objetivas, esto es, aquéllas cuyo reconocimiento podría lograr, en principio, el acuerdo intersubjetivo. Frente a esta dificultad, autores como Peter Goldie y Catherine Elgin, bajo el supuesto de que las emociones son “sensibles a la información”, argumentan que una de sus características distintivas es la de generar patrones de expectativas y disposiciones a actuar que constituyen pistas hacia hechos o aspectos del mundo cuyo descubrimiento depende de la ocurrencia de una determinada emoción.

Pero pasando a un terreno menos controvertido, la tesis de que las emociones nos ofrecen vías propias, insustituibles, de acceso epistémico, resulta más convincente en el caso de las creencias y juicios de valor que descubrimos a través de nuestro comportamiento o reacción emocional frente a una determinada situación. Por ejemplo, el hecho de que alguien nos decepcione puede ser la única manera de descubrir las creencias y juicios de valor que teníamos acerca de esa persona. Lo cual, de paso, refuerza la tesis de que al menos algunas emociones están esencialmente ligadas a cierto tipo de contenido proposicional.

Finalmente, en este somero e incompleto recuento de las funciones epistémicas recientemente atribuidas a las emociones, señalaremos una más: su importancia para una adecuada comprensión de la *agencia epistémica*. A este respecto, con base en el análisis de lo que para los seres humanos significa asumirse como agentes, Sabine Döring³¹ sostiene que desde la perspectiva de la primera persona nos concebimos como seres capaces de guiar nuestros juicios y acciones por razones bien fundadas, esto es, como seres con capacidad de reflexión. Por tanto, la racionalidad entendida como la capacidad de guiarse por buenas razones es relativa a lo que los agentes consideran

³⁰ Ibid., p. 52.

³¹ Cf. Sabine DÖRING, “Conflict Without Contradiction”, en G. BRUN, U. DOGUOGLU y D. KUENZLE (eds.), o.c., pp. 98-101.

correcto. Pero si esto es así, la idea que tenemos de nosotros mismos como *agentes racionales* supone que nos concebimos como seres capaces de seleccionar y procesar la enorme cantidad de información que obtenemos del entorno y de actuar en consecuencia. De aquí que una teoría de la agencia humana deba considerar el ejercicio de todas las habilidades que nos caracterizan como agentes racionales, las cuales incluyen, en primer lugar, nuestras capacidades y disposiciones emocionales. Pero esto supone reconocer que las emociones nos ofrecen, las más de las veces, una información fiable sobre el mundo, y reconocer también que, como cuestión de hecho, los seres humanos actuamos confiando en dicha información.

En suma, como se puede ver, la construcción de una epistemología que incluya las emociones como una pieza constitutiva del proceso de conocer, y por ende reconozca la ineludible dimensión afectiva de la racionalidad, apenas comienza. Pero este es el camino que, a nuestro juicio, permitirá dar cuenta cabal de la racionalidad que opera en los procesos cognitivos involucrados en la producción de conocimiento. Por otra parte, si las emociones nos indican qué es lo que importa, si contribuyen a establecer los objetivos y los límites de toda deliberación, y si además consideramos que tanto la convicción como la duda, la curiosidad o la sorpresa son, ellas mismas, un tipo de emociones: emociones epistémicas, tal parece que una epistemología que siga ignorando estos elementos de nuestra vida afectiva no podrá ir mucho más lejos de lo que nos ha llevado la epistemología tradicional.